

## CAPÍTULO XIX

De cómo el cacique de los Mosquitos dió una constitución á su pueblo, para procurarse un empréstito de doce millones.

Cerca de cuatro meses después de los acontecimientos que acabamos de narrar, un hermoso bergantín, arbolando un pabellón terciado por fajas sinoples, en plata y azul, bajo del pabellón real de Inglaterra que se desplegaba por encima de aquél en señal de soberanía, saludaba con veintiún cañonazos la fortaleza de Portsmouth, que, á su vez, le devolvía el saludo con otros veintiún cañonazos.

Era el *Solimán*, navío muy velero, destacado de la numerosa marina de guerra del cacique de los Mosquitos, y que llevaba á Londres y á Edimburgo á los cónsules de Su Alteza, los cuales iban, en virtud del acta de cesión hecha por el gobierno inglés á su dueño, á hacerse reconocer por Su Majestad Guillermo IV.

La curiosidad había sido grandísima desde que se señaló en la rada de Portsmouth un

pabellón desconocido; curiosidad que aumentó todavía cuando se supo á qué importantes personajes anunciaba. Pronto se precipitaron todos hacia el puerto para ver desembarcar á los dos ilustres enviados del nuevo soberano que la Gran Bretaña acababa de someter á su dominio. Parecía á los ingleses, tan ávidos de cosas nuevas, que los dos cónsules habían de tener algo de extraño, y demostrar el estado salvaje de que iba á sacarles el bienhechor patronato de Inglaterra. Pero, bajo este supuesto, las previsiones de los curiosos fueron completamente inútiles: la chalupa llevó á tierra dos hombres, uno de los cuales, de unos cincuenta á cincuenta y cinco años de edad, bajo, regordete y subido de color, era el cónsul de Inglaterra; el otro, de veintidós á veintitrés años, alto y seco, era el de Edimburgo: ambos vestían un uniforme de fantasía, mitad militar y mitad civil. Por lo demás, su tez bronceada por el sol y su acento meridional muy marcado, indicaban al primer golpe de vista á dos hijos del ecuador.

Los recién desembarcados se informaron del domicilio del gobernador de la plaza, al cual visitaron, durando próximamente una hora la entrevista y regresando luego á bordo del *Solimán*, siempre acompañados de la multitud.

La misma tarde, el buque se hizo de nuevo á la vela, y ocho días después se anunciaba por el *Times*, el *Standart* y el *Sund*, su feliz llegada á Londres, donde había producido—decían los periódicos—una gran sensación. Esto no sorprendió nada al gobernador de Portsmouth, que había quedado asombrado—decía á quien quería

oirle—de la vasta instrucción de los dos enviados del cacique de los Mosquitos, que hablaban ambos un francés muy pasable, y uno de los cuales, el cónsul de Inglaterra, poseía excelentes ideas mercantiles y aun ligeros conocimientos en medicina, mientras que el otro, el cónsul de Edimburgo, brillaba especialmente por una gran viveza de espíritu y un conocimiento profundo de la ciencia culinaria de los diferentes pueblos del mundo, que, tan joven como era, habíale hecho recorrer sus padres, en la previsión, sin duda, de los altos cargos á los que la Providencia le había llamado.

Los dos cónsules Mosquitos tuvieron el mismo éxito cerca de las autoridades de Londres que cerca del gobernador de Portsmouth. Los ministros á quienes se presentaron, vieron en sus modales, es cierto, una ignorancia crasa y completa de los usos y costumbres del mundo; pero esta ausencia de cortésania que no se podía en conciencia exigir á hombres nacidos bajo los 10 grados de latitud, estaba bien compensada por los diversos conocimientos que ambos poseían, y que son algunas veces completamente contrarios á los agentes de las naciones más civilizadas.

Por ejemplo: al volver una tarde el lord canceller muy ronco de una sesión de la Cámara popular, donde había sido obligado á discutir contra O'Connell un nuevo proyecto de impuestos sobre Irlanda, el cónsul de Londres, que se encontraba allí por casualidad á su regreso, pidió á milady una yema de huevo, un limón, una copa de ron y algunos clavos de especia, preparó

con sus propias manos una bebida agradable al paladar y muy en uso, según dijo él, en Comayagua para esta clase de indisposiciones; bebida que habiendo tragado con confianza el lord canceller, se encontró radicalmente curado al día siguiente. Esta aventura hizo, por lo demás, tanto ruido en el mundo diplomático, que, desde entonces, no se llamó ya al cónsul de Londres más que el doctor.

Otro caso, no menos extraordinario, sucedió al señor cónsul de Edimburgo, sir Eduardo Twomouth (1). Un día que se hablaba en casa del ministro de Instrucción pública de diferentes platos de diversas naciones, sir Eduardo desplegó tan vasto conocimiento en la materia, desde el *carrick* á la indiana, muy en uso en Calcutta, hasta la pasta de bollo de bisonte, tan generalmente apreciado en Filadelfia, que hizo venir el agua á la boca á toda la honorable asamblea; visto lo cual por el cónsul, ofreció con una galantería sin igual al señor ministro de Instrucción pública, dirigir una de sus próximas comidas en la cual no se serviría á los convidados más que platos completamente desconocidos en Europa. El ministro, confundido por tanta bondad, rehusó largo tiempo el aceptar semejante oferta; pero sir Eduardo insistió de tal manera y con tanta franqueza, que Su Excelencia acabó por ceder, é invitó á todos sus colegas á esa solemnidad culinaria.

Y, con efecto, el día anunciado, el cónsul de

(1) En el lenguaje de los Mosquitos, *Duas Bocas*: en francés, *Double-Bouche* (Doble-Boca).

Edimburgo, que había dado á la servidumbre sus órdenes para las compras, llegó por la mañana, y sin afectación, sin arrogancia, bajó á la cocina, y, poniéndose en mangas de camisa en medio de los cocineros y de los marmitones, dirigió la condimentación de todos los manjares como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Media hora antes de la comida, se quitó la servilleta que había anudado alrededor de sus riñones, volvió á vestirse su casaca de cónsul, y, con la sencillez del mérito real, entró en el salón con la misma tranquilidad que si bajase de su carruaje.

La comida causó una revolución en el gabinete inglés, y fué comparada al festín de Baltasar por *El Constitucional*, en un artículo fulminante titulado *Pérfida Albión*.

Además, la marcha de sir Eduardo Twomouth produjo el más hondo pesar en el club gastronómico de Piccadilly, cuando, imperiosamente llamado por su deber, se vió obligado á abandonar Londres para ir á Edimburgo.

El doctor quedó, pues, solo en Londres.

Al cabo de algún tiempo, notificó al cuerpo diplomático la próxima llegada de su augusto señor, Su Alteza don Guzmán y Pánfilos; anuncio que produjo gran sensación en el mundo aristocrático.

En efecto: una mañana se señaló un navío extranjero que remontaba el Támesis, llevando en el asta el pabellón de los Mosquitos y en su palo de mesana la bandera de la Gran Bretaña: era el bergantín *Mosquitos*, del mismo porte y del mismo tonelaje que el *Solimán*, pero res-

plandeciente de dorados, y el mismo día fondeó en los Docks. Llevaba á Londres á Su Alteza el cacique en persona.

Si la afluencia de gente había sido ya considerable cuando el desembarco de los cónsules, se comprenderá lo que debió ser al desembarcar el cacique. Londres entero estaba en las calles, y costó gran trabajo al cuerpo diplomático hacerse sitio por entre la apiñada multitud para ir á recibir al nuevo soberano.

Era éste un hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, en el cual se reconocía al instante el verdadero tipo mejicano, con sus ojos vivos, su tez curtida, sus patillas negras, su nariz aguileña y sus dientes de chacal. Vestía de uniforme de general mosquito, y llevaba por todo adorno la placa de su orden; hablaba medianamente el inglés, pero con un acento provenzal muy pronunciado. Esto sería debido quizá á que el francés habría sido la primera lengua que aprendiera y que se la habría enseñado un maestro marsellés; por lo demás, contestó á los cumplimientos con facilidad, y habló á cada ministro y á cada encargado de negocios en su lengua: Su Alteza era un políglota de primer grado.

Al siguiente día, Su Alteza fué recibido por Su Majestad Guillermo IV.

Ocho días después, las paredes de Londres se tapizaron de litografías representando los diferentes uniformes de los ejércitos de mar y tierra del cacique de los Mosquitos, y de paisajes representando la bahía de Cartago y el cabo Gracias á Dios, en el paraje donde el río de Oro desemboca en el mar.

Por último, apareció una vista exacta de la plaza pública de la capital, con el palacio del cacique al fondo, el teatro á un lado y la Bolsa al otro.

Todos los soldados estaban gordos y eran robustos y de buen porte, y se explicaba este fenómeno en una nota colocada debajo de los grabados, que indicaba la paga que recibía cada militar: era ésta tres francos diarios para los simples soldados, cinco para los cabos de escuadra, ocho para los sargentos, quince para los suboficiales, veinticinco para los tenientes y cincuenta para los capitanes. En cuanto á la caballería, cobraba doble paga, porque estaba obligada á alimentar á sus caballos; esta magnificencia, que se hubiese considerado como prodigalidad en Londres y en París, era muy corriente y natural en los Mosquitos, donde el oro rodaba por los ríos y germinaba materialmente bajo tierra, de modo que no había más que bajarse y cogerlo.

Respecto á los paisajes, eran los más ricos puntos de vista que se puedan imaginar: la antigua Sicilia, que alimentaba á Roma é Italia con las sobras de sus doce millones de habitantes, no era más que un desierto al lado de las campiñas de Panamakar, de Caribania y de Tinto; eran vastísimos campos de maíz, de arroz, de cañas de azúcar y de café, en medio de los cuales los caminos estaban apenas trazados por la circulación de sus explotadores; todas éstas tierras producían y rendían fruto naturalmente, y sin que el hombre tuviese que ocuparse para nada en su cultivo. Sin embargo, los naturales las trabaja-

ban, porque acontecía á menudo que con la reja de sus arados descubrían lingotes de oro de dos ó tres libras y diamantes de treinta á treinta y cinco quilates.

En fin, á juzgar por los tres magníficos palacios que se elevaban sobre la plaza principal de la capital de los Mosquitos, la ciudad estaba construída en un estilo mixto, que participaba á la vez de la antigua sencillez griega, de la caprichosa ornamentación de la Edad media y de la noble impotencia moderna; de modo que el palacio del cacique estaba edificado bajo el modelo del Parthenón, el teatro tenía una fachada del gusto de la de la *Scala* de Milán, y la Bolsa se parecía á la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

En cuanto á la población, usaba magníficos vestidos resplandecientes de oro y pedrería. Las damas iban seguidas de esclavas negras con quitasoles de plumas de tucán y de colibrí; los lacayos daban de limosna monedas de oro, y veíase en un rincón del cuadro un pobre que alimentaba á su perro con salchichas.

Quince días después de la llegada del cacique á Londres, no se hablaba de otra cosa, desde Dublin á Edimburgo, que del Eldorado de Mosquitos; el pueblo se detenía en tropel ante los magníficos prospectos, y la vara del condestable era insuficiente para evitar los atropellos, al ver lo cual el cacique fué á encontrar al lord alcalde para rogarle que mandara retirar la exposición de los grabados ó pinturas que representaban vistas de su reino. El lord alcalde, que hasta entonces no lo había hecho por no disgustar á

Su Alteza don Guzmán y Pánfilos, ordenó el mismo día la recogida de los objetos designados de casa de todos los comerciantes en grabados; pero si ellos quedaron fuera de la vista, no estuvieron lejos de la memoria, y, al día siguiente de la orden sin ejemplar en un país tan libre como es la Gran Bretaña, más de cincuenta personas se presentaron en casa del cónsul, declarando que estaban prontas á emigrar si los informes que iban á buscar estaban en armonía con lo que esperaban.

El cónsul les contestó que estaba tan lejos la idea que habían podido formar de aquella bienhechora tierra de lo que ella era en realidad, como está lejos el día de la noche y la tempestad del buen tiempo; que la litografía era, como todos sabían, un medio muy deficiente de traducir la naturaleza, ya que aquélla no tenía más que un tono gris y débil para reproducir, no solamente todos los colores, sino los millares de matices que forman el encanto y la armonía de la creación; que, por ejemplo, los pájaros que revoloteaban en los paisajes y que tenían sobre los de Europa la ventaja inapreciable de alimentarse de insectos dañinos y de respetar el grano, parecían todos, bajo el lápiz del litógrafo, gorriónes libres ó alondras, mientras que eran de colores tan frescos, vivos y brillantes, que semejabán rubies animados y topacios vivientes; que, además, si querían tomarse la molestia de pasar á su gabinete, les enseñaría esos mismos pájaros, que reconocerían, no por su plumaje, pero sí en la forma de su pico y en la longitud de su cola, y que, comparándolos con la grosera semejanza

con que el pintor había creído reproducirlos, podrían juzgar de todo lo demás con una sola muestra.

Los visitantes entraron en el gabinete, y como el doctor, gran aficionado á la historia natural, había reunido en sus diferentes viajes una colección preciosa de todas esas flores volátiles que se llaman colibris, pájaros-moscas y bengalis, salieron completamente convencidos de la exactitud de los informes del cónsul.

Al día siguiente, un zapatero se presentó en el consulado, preguntando si en Mosquitos las industrias eran libres. El cónsul contestóle que el gobierno era tan paternal, que nadie pagaba allí patentes, lo cual establecía una concurrencia que resultaba á la vez en provecho de los industriales y de los consumidores, á causa de que todos los pueblos de los alrededores iban á proveerse á la capital del cacicato, donde lo encontraban todo muy superior á lo de su país, con cuya sola diferencia sacaban los costes y los gastos de su viaje; que los únicos privilegios que deberían existir, pues ellos no existían todavía, y era lo que había visto en Inglaterra y lo que había dado la idea alcacique, era la alimentación especial de su persona serenísima y de su corte.

El zapatero preguntó también si había en los Mosquitos un zapatero de la corona. El cónsul contestó que muchas demandas habían sido formuladas, pero que ninguna se había concedido aún; que, además, el cacique contaba con proveer los cargos, lo que evitaba siempre grandes dificultades, atendido que esta medida perjudicaba á todas las intrigas y mataba la venali-

dad, ese vicio fundamental de los gobiernos europeos. El zapatero preguntó qué tasa tenía señalada el cargo de zapatero de la casa real. El doctor consultó sus registros, y contestó que el cargo de zapatero de la corona estaba marginado en doscientas cincuenta libras esterlinas. El zapatero saltó de gozo: ¡era una bicoca! Y sacando de su bolsillo cinco billetes del Banco de Londres, que presentó al cónsul, rogóle que desde aquel momento lo considerase como solo y único postor, lo que era tanto más justo cuanto que había llenado la condición pedida, es decir, el pago al contado é íntegro del rendimiento. El cónsul encontró la petición tan eminentemente razonable, que su única respuesta fué llenar un título que entregó acto continuo al peticionario, firmado de su mano y revestido con el sello de Su Alteza. El zapatero salió del consulado seguro de su fortuna y encantado de haber hecho para asegurarla un tan nimio sacrificio.

Desde entonces hubo cola en el despacho del consulado: al zapatero sucedió un sastre, al sastre un farmacéutico, y, al cabo de ocho días, cada ramo de la industria, del comercio ó del arte tuvo su representante autorizado. En seguida vinieron las compras de los grados y de los títulos; el cacique hizo coroneles y creó barones, vendió nobleza personal y nobleza hereditaria. Un señor, que tenía ya la Espuela de oro y la orden de Hohenlohe, le hizo aún proposiciones para comprar la Estrella del Ecuador, que había fundado para recompensar el mérito civil y el valor militar; pero el cacique contestó que, únicamente sobre este punto, se separaría del

ejemplo dado por los gobiernos europeos, y que le sería preciso ganar su cruz para obtenerla. A pesar de esta denegación, que le valió, por otra parte, el mayor honor en el espíritu de los radicales ingleses, el cacique embolsó en un mes un ingreso de sesenta mil libras esterlinas.

Al poco tiempo, y después de una comida en la corte, el cacique se arriesgó á hablar de un empréstito de cuatro millones. El banquero de la corona, que era un judío que prestaba á todos los soberanos, sonrió piadosamente á la demanda del cacique, y contestóle que no encontraría préstamo alguno menor de doce millones, pues todo negocio comercial por debajo de esta cifra estaba abandonado á los mezquinos y á los corredores clandestinos. El cacique replicó que esto no sería lo que impidiera hacer el negocio, y que, en cuanto á él, tomaría mejor doce millones que cuatro. El banquero le dijo entonces que podía pasar á su despacho, y en él encontraría á su secretario, quien era el encargado de los empréstitos menores de cincuenta millones; que él daría las órdenes convenientes y podría tratar con su joven oficial; pues, en cuanto á él, no se ocupaba más que en especulaciones que pasasen de mil millones,

Al día siguiente, el cacique se presentó en el despacho del banquero: todo había sido preparado como aquél le dijera. El empréstito se hacía al seis por ciento: el señor Samuel proporcionaba desde luego todos los fondos; después se encargaba de encontrar en seguida á los accionistas. Sin embargo, el empréstito se hacía con una condición *sine qua non*. El cacique se estre-

meció y preguntó cuál era aquella condición. El secretario dijo que la condición era el dar una constitución á su pueblo.

El cacique quedó atónito ante tal petición, no porque se resistiera á dar una constitución, pues conocía muy bien el valor de esta clase de escritos y hubiera dado doce por mil escudos y con más razón una por doce millones; pero él no sabía que el señor Samuel empeñase la libertad de los pueblos por partida doble; hábale oído siempre declarar en su jerga, mitad alemana, mitad francesa, una profesión de fe política que estaba tan poco en armonía con la demanda que se le acababa de hacer, que no pudo menos de manifestar su extrañeza al tercer oficial.

Éste contestó al cacique que Su Alteza no se había engañado respecto á las opiniones de su patrón; pero que en los gobiernos absolutos era el príncipe quien respondía de las deudas del Estado, mientras que en los gobiernos constitucionales era el Estado quien respondía de las deudas del príncipe, y que, por mucha que fuera la confianza que tenía el señor Samuel en la palabra de los reyes, la tenía todavía mayor en las obligaciones de los pueblos.

El cacique, que era hombre de juicio, vióse obligado á confesar que lo que le decía el tercer secretario no estaba falto de razón, y que el señor Samuel, á quien había tomado por un agiotista, era, por el contrario, un hombre muy sensato; en su consecuencia, prometió llevar al día siguiente una constitución tan liberal como las que regían en Europa, y cuyo principal artículo estaría concebido en estos términos:

DE LA DEUDA PÚBLICA

«Las deudas que, hasta la próxima convocatoria del Parlamento, hayan sido contratadas por Su Alteza el cacique, son declaradas deudas del Estado, y garantidas por todos los rendimientos y todas las propiedades del Estado.

»En la próxima sesión del Parlamento se presentará la ley para determinar la porción de los rendimientos públicos que será afecta al pago de los intereses y á la extinción sucesiva del capital de la deuda actual.»

La redacción era del mismo señor Samuel.

El cacique no alteró una sola coma, y al día siguiente llevó la constitución entera tal como puede verse en las piezas justificativas, firmada de su puño y sellada con su sello. El tercer secretario la juzgó buena, y la llevó al señor Samuel. Éste puso debajo su *Conforme*, arrancó una hoja de su agenda y escribió en ella: «Bono por doce millones pagaderos al fin del corriente», y firmó: «*Samuel*».

Ocho días después, la constitución de la nación de los Mosquitos era publicada en todos los diarios ingleses y reproducida por todos los periódicos europeos; en esta ocasión fué cuando *El Constitucional* insertó aquel notable artículo que está todavía en la memoria de todos, titulado *Noble Inglaterra*.

Se comprende que una liberalidad semejante por parte de un príncipe á quien no se le pedía, redobló la confianza que se tenía en él y triplicó

el número de los emigrantes. Éstos ascendían á diez y seis mil seiscientos treinta y nueve, y el cónsul firmó los diez y seis mil seiscientos treinta y nueve pasaportes, preguntando, al hacer entrega del documento á cada uno de los diez y seis mil seiscientos treinta y nueve emigrantes, qué clase de moneda llevaban él y sus compañeros. El emigrante contestó que llevaban billetes de Banco y guineas, á lo cual el cónsul les advirtió que creía de su deber prevenir al emigrante que los billetes perdían en la banca de los Mosquitos un seis por ciento, y el oro dos chelines por guinea, pérdida que nadie dejaría de comprender á causa de la distancia que separaba á los dos países y de la escasez de relaciones, por hacerse todo el comercio en general en Cuba, Haití, la Jamaica, la América del Norte y la América del Sur.

El emigrante, que era hombre de buen sentido, comprendió perfectamente la razón; pero contristado por el déficit que debía producir en su pequeña fortuna el cambio que estaría obligado á sufrir una vez llegado al lugar de su destino, preguntó á Su Excelencia el cónsul si, por favor especial, no podría facilitarles plata ú oro mosquito en cambio de sus guineas y de sus billetes. El cónsul contestó que guardaba su oro y su plata, porque siendo puros de toda aleación, ganaban sobre la plata y sobre el oro inglés, pero que podía darles, mediante una simple comisión de un medio por ciento, billetes del Banco del cacique, los que, una vez llegados á Mosquitos, les serían cambiados sin prima por oro y plata del país. El emigrante quiso besar

los pies al cónsul, pero éste le dijo, con una dignidad verdaderamente republicana, que todos los hombres eran iguales... y le dió á besar su mano.

Desde ese día empezó el cambio, que duró una semana. Al cabo de este tiempo, el cambio había producido ochenta mil libras esterlinas, sin contar el descuento.

En aquellos mismos días, sir Eduardo Two-mouth, cónsul de Edimburgo, participó á su colega de Londres que había embolsado, por medios casi análogos á los que ellos habían puesto en uso en la capital de los tres reinos, una suma de cincuenta mil libras esterlinas. El doctor encontró desde luego que era muy poco, pero reflexionó que la Escocia era un país pobre que no podía dar tanto como Inglaterra.

Por su parte, Su Alteza el cacique don Guzmán y Pánfilos percibió, al finir el mes, los doce millones del banquero Samuel.